

GUALICHO

Alejo Carbonell

Palabras de Villa María

Ministerio de Educación de la Nación
Secretaría de Educación
Plan Nacional de Lectura 2010
Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires
Tel: (011) 4129-1075/1127
Consultas: planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar
República Argentina, 2010
Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura 2010
Colección: Palabras de Villa María

Universidad Nacional de Villa María, Córdoba
AUTORIDADES
Rector: Abog. Martín Rodrigo Gill
Vicerrector: Cra. María Cecilia Ana Conci
Secretaría de Extensión: Mgter. Omar Barberis
Secretaría de Comunicación: Lic. Santiago Druetta
Secretaría de Bienestar: Abog. Luis Negretti
Director Editorial: Mgter. Carlos Gazzera
Carlos Pellegrini 211 P.A. - (5900) Villa María, Córdoba - (54) (353) 453-9145
www.unvm.edu.ar
e-mail eduvim@unvm.edu.ar

Fotografía de Portada: © Nicolás Bertino
Eduvim agradece a Nicolas Bertino la fotografía utilizada en la portada de este libro, de uso exclusivo para esta colección.

Carbonell, Alejo
Gualicho. - 1a ed. - Villa María : Eduvim, 2009.
12 p. ; 20 x14 cm. - (Programa de fomento de la lectura en adultos con autores cordobeses 2009-2010; 1)
ISBN 978-987-1518-82-1
1. Literatura Argentina. I. Título
CDD A860

Estos textos fueron seleccionados por la Universidad Nacional de Villa María y la Editorial Universitaria Villa María.

–No sé, loco, no sé, dejame en paz un rato.

–Ehh, bueno, tampoco es para que te pongas así.

–Bueno, pero en algún momento tenés que cortarla, pibe.

El silencio de los otros, un poco más allá, rodeando el fuego, se hace evidente. Y no es que antes gobernaba el bullicio, los hombres cansados apenas hacen movimientos lentos y lanzan monosílabos, pero este silencio es diferente, trae la tensión de las miradas duras y de los músculos tirantes.

–¿Qué pasa? –pregunta el topo, sin sacar las manos de los bolsillos de la campera, mirando hacia la oscuridad de donde vienen las voces.

–Nada –dice el porteño, emergiendo desde el follaje negro hacia el fogón–, me tiene podrido.

El porteño se sube la bragueta y se sienta sobre una caja de herramientas de plástico frente al topo.

Quedan en silencio. Los cuerpos van retomando su posición, pero la cabeza del topo queda erguida mirando hacia el lado por donde apenas unos segundos más tarde aparece Julio.

–¿Qué pasa, Julio? –dice el topo, ni enojado, ni serio, ni relajado.

–Nada. Quiero saber nada más –responde Julio con la cabeza gacha.

Joselo tira unas ramitas secas al fuego y pronto la luz se vuelve más intensa. El chisporroteo breve llama la atención de los cuatro.

El ruido de las ranas es ensordecedor, pero de tan regular ya es parte del silencio, de un nuevo silencio apenas matizado por el roce de las camperas cada vez que alguien hace un movimiento de brazos o cuando Joselo revuelve la carne de las palomas en la olla.

–No sé cómo era –dice el porteño–. No sé. Si te digo que era un perro te miento, porque era más grande, pero tampoco era un puma. Además en un momento me pareció que estaba en dos patas.

–Ya está, ya está, lo hacen contar siempre lo mismo –dice Joselo.

–Bueno, está bien –dice Julio.

–Dejenló al gurí en paz, no es que se va a acordar más porque le insistan –dice Joselo.

El diálogo es lento, cada vez que se termina una frase el silencio lo empantana todo.

El porteño ahora mira a Julio, serio.

–¿Querés ver?

Julio asiente con la cabeza, arqueando las cejas. Entonces el porteño se saca el borcego derecho y muestra el pie. Un solo dedo, apenas identificable por una uña

pequeña, cuadrada, se mueve entre una maraña de carne herida y cosida.

Julio, Joselo y el topo quedan hipnotizados por el movimiento torpe del dedo.

–¿Te los arrancó con los dientes? –pregunta el topo.

–No sé, creo que sí, aunque capaz que fue un zarpazo.

–¿Pero no lo viste?

–Y no... Estaba oscuro, le vi el pelo del lomo nomás, un pelo duro tiene, y marrón... Me pareció marrón rojizo. Estaba medio dormido además, ni alpargatas me había puesto.

–La espalda, mostrá la espalda –dice Julio–, dale.

–¿Otra vez? –dice el porteño sin esperar respuesta. Se levanta la remera, el buzo y la campera de jean con corderito de un solo movimiento. Dos recorridos diagonales de cuatro líneas surcan la espalda, las dos franjas del centro más profundas, permanecen con un rojo nítido. Las que cruzan de izquierda a derecha, a su vez, son más tenues que las otras.

Joselo vuelve a la olla. El topo se distrae con el fuego. Julio permanece con la cabeza gacha mientras el porteño se acomoda la ropa y el borcego. Están unidos con sus pensamientos. Han salido hace tres días movilizados por la ira, luego de que una madrugada el porteño se encontrara en el gallinero con la bestia. Los días previos fueron una sucesión de regueros de sangre aquí y allá, con animales a medias muertos, a medias comidos con la complicidad de la noche. La necesidad de poner fin a ese bicho asesino los amontonó en una cuatro por cuatro, dejando sus casas al cuidado de las mujeres del topo y del gordo Clotet.

–¿Qué estará haciendo ahora el gordo Clotet? –pregunta Joselo.

–Dejalo al cagón ese –dice el topo.

–Debe estar lavando los platos –dice Julio–, lo tienen cortito parece.

–Pero no, si lo de la mujer es mentira –dice el topo –, lo inventó para irse, estaba asustado.

Los hombres salieron del caserío a la tarde, sin pensarlo demasiado. Cargaron armas, algunas provisiones, y se internaron en la llanura siempre espesa, cuando no de siembra, de monte. La confirmación de que el porteño había perdido cuatro dedos fue el detonante para que estos vecinos que apenas compartían un alambrado se juramentasen no volver sin el animal muerto. Pero a medida que pasaron las horas los caminos se fueron haciendo cada vez más difusos y el juramento es algo sostenido frágilmente por el pasado: ninguno de ellos está dispuesto a ratificarlo con entusiasmo.

Salieron cinco, en la camioneta doble cabina del topo. A las pocas horas, cuando el cielo ya era noche cerrada y las brasas bramaban sin violencia bajo un trozo de vaca, el gordo Clotet comenzó a juguetear con el celular. Enviaba mensajes y se quedaba con el teléfono en las manos hasta que se iluminaba, entonces leía el mensaje entrante y ponía cara de preocupación. El topo lo miraba detrás de su

barba espesa, en silencio.

A la mañana temprano el motor de la camioneta del gordo se escuchaba nítido acercándose desde el oeste. La ronda de mate siguió como si nada cuando, a cien metros del campamento, la mujer paró el motor y se bajó quedando de pie al lado de la chata con los brazos cruzados.

–Chau, nos vemos a la vuelta –dijo Joselo–, incluso antes de que el gordo se levantara y diera explicaciones torpes, caminando hacia la camioneta de costado. Los demás también saludaron, más por la vergüenza ajena de Joselo, el único que tenía un trato cotidiano con él, que por saludar al gordo.

–Cualquier cosa te llamamos –dijo Julio, pero la ironía terminó cuando sus ojos se encontraron con los de su hermano.

Durante los dos días siguientes los hombres continuaron lentamente hacia el este, avanzando por una huella difusa, superficial, hecha por algún tractor, cuando no por un camino abandonado o un sendero. Cada vez que cruzaban un vado se bajaban de la camioneta y confirmaban su instinto. En el barro de las costas breves las huellas del animal aparecían más profundas: cuatro círculos irregulares con un profundo agujero en el centro de cada una. Cerca del agua las huellas daban algunas vueltas, y a medida que se alejaban volvían a enfilar hacia el este.

Joselo se rascaba la cabeza:

–No puede ser –decía–, camina con las garras afuera, ¿qué carajo es este bicho?

El segundo día encontraron una vaca muerta. El festival de vísceras formaba una aureola amplia, como si la vaca hubiera estallado. El espectáculo le dio náuseas a Julio. El porteño también estaba impresionado, pero intentó disimularlo. El topo y Joselo discutían acerca de cómo la había atacado.

–Ves que mete zarpazo y muerde a la vez, nunca vi una cosa igual –decía Joselo, y se rascaba la cabeza.

Han pasado dos noches desde que vieron perderse el rojo de las tejas del caserío en la cuatro por cuatro. Se acaban las provisiones, la yerba, los cigarrillos. Las huellas aparecen cada vez más frescas y el encuentro con el animal es inminente, pero esa certeza, por alguna razón, embarga a estos hombres de campo en un nerviosismo que roza el temor. El topo ha matado un puma, y Joselo también, y el encuentro con víboras venenosas es moneda corriente para todos ellos, pero esto es distinto, es un animal que no reconocen ni en su forma ni en su comportamiento, un animal que a esta altura de los acontecimientos ninguno le puede endilgar a la mitología gauchesca. Faltan, desde la primera incursión de la bestia por el caserío, cuatro lechones, seis ovejas, innumerables gallinas, dos perros de raza y cuatro dedos del porteño, y campo adentro, además, una vaca y un perro cimarrón. Lo del perro fue lo peor, estaba intacto, pero decapitado. Fue la primera vez que Joselo sintió miedo y lo expresó claramente persignándose. Luego

quedó callado hasta el anochecer.

–Mata por gusto, es un monstruo –dijo recién cuando estuvieron todos acomodados frente al fuego y la olla.

A la tarde, luego de encontrar el perro, la sangre coagulada pero no seca, Julio, nervioso, agarró un rifle de perdigones y les tiró a las palomas. No pensaba en la cena, sino en mejorar su puntería. El topo lo dejó, sabía de sobra lo que estaba ocurriendo en la cabeza de su hermano.

–Esto ya está –dice Joselo, probando el estofado de paloma–, traeme las jarras, Julito.

Por unos minutos, mientras el estofado es servido en las jarras de aluminio y repartido entre los hombres alrededor del fuego, el aroma de la comida domina la atmósfera, imponiéndose por sobre el profundo dulzor de los eucaliptos y el olor del lodo putrefacto que separa el arroyo del monte, lleno de huellas de animales.

–¿Con caña vas a cenar? –dice el porteño.

–Y sí, no hay otra cosa –dice el topo mientras gira la botella de Legui hasta que la tapa dorada corta el anillo de la base.

Se puso fresca la noche de septiembre, cuando la brisa corre la temperatura baja un poco. Julio, corpulento parece ser el más abrigado a pesar de tener un buzo de tela amarillo y verde. Pero su postura, con la capucha arrugada en la espalda y las manos siempre en movimiento, parece la de un hombre sin frío. El porteño y el topo tienen camperas gruesas, y sacan las manos de los bolsillos solamente para usarlas. Lo de Joselo es otra cosa, tiene un pulóver escote en v gris, sobre una camisa celeste, ahora arremangado, y se diría que está en permanente trabajo de taller, con movimientos gruesos y precisos. Tiene un reloj pulsera plateado que cuando refleja los lengüetazos del fuego en la noche queda desmesurado en ese cuerpo tan pequeño y fibroso.

Todos comen primero los trozos de papa y batata con cubiertos y luego con las manos la carne de las palomas, sosteniendo el bocado desde un pequeño hueso saliente, casi un palito, o bien sacando los huesos destrozados desde el centro mismo del bocado. Todos, finalmente, toman caña.

–Está bueno el estofado, Joselo –dice el porteño–, nunca había comido paloma.

–Por eso te parece bueno –dice Julio, burlón.

–¿En serio nunca comiste paloma? –Joselo está realmente extrañado.

–No, en serio. Comí otros bichos, por supuesto, pero no paloma.

–Ajá –dice Joselo–, ¿y qué bicho has probado?

–Y… rana.

Julio se ríe por lo bajo. El topo quisiera reírse también, pero permanece serio. Joselo tiene un interés genuino en la respuesta, pensando más en lo gastronómi-

co que en el origen de este vecino dedicado a la cría de conejos y especias en medio de la pampa húmeda. El porteño percibe lo que pasa en los demás, pero intenta salir del paso.

–Anguila también, que sé yo, vizcacha, ciervo, esas cosas. ¿Por qué? –Ahora mira a Julio–, ¿qué han probado ustedes?

–Una vez yacaré, en Corrientes –dice Julio.

Siguen comiendo con fruición. El topo se levanta y saca de un cajón de madera otra botella de Legui. Los tres que permanecen sentados pueden ver, cada uno en un momento diferente, el dorado de la caña realzarse cuando la botella pasa entre sus ojos y el fuego.

–Es como el pescado –dice el topo ya sentado, antes de tomar el primer trago de la botella–, se come la cola nomás. Es una carne bien blanquita, igual que un pescado de río.

–¿Qué? ¿Hicieron un yacaré asado? –dice el porteño asombrado.

–Pero no –dice Joselo–, se corta la cola en rodajas y se hacen milanesas, quedan bien redondas.

–¿Vos comiste también? –pregunta Julio.

–No, me contaron los Baldo que siempre comían eso cuando andaban por Corrientes.

–¿Y qué bicho raro has probado vos? –le pregunta el topo a Joselo. Ha entendido el respeto de Joselo por las respuestas del porteño y de alguna manera intenta demostrar interés.

–Y… una vez probé búfalo.

–Andá… –dice el topo.

–Pero dejate de joder, querés –dice el porteño.

–En serio, en Entre Ríos.

Julio y el topo se ríen. Joselo también, tentado por los otros. El porteño está en silencio y los observa, cree que es un chiste para él, uno más de los que sufre desde que decidió continuar su vida fuera de la ciudad.

–Es cierto –dice el topo–, una vez pasé por Entre Ríos y el búfalo estaba de oferta en todos lados.

Las carcajadas estallan agudas en la noche, el porteño también ríe ahora.

–De verdad –dice Joselo una vez apaciguadas las risas–, hay una estancia que cría búfalos y vienen los norteamericanos a cazarlos. Pagan mucha plata por eso, vienen a cazar esos animales que son re mansitos, los ejecutan a dos metros de distancia. Corren los pajonales y están los búfalos pastando.

–No te puedo creer –dice el porteño.

Los otros siguen el relato expectantes.

–Sí, en serio –continúa Joselo–, los matan y ahí mismo un peón les embalsama la cabeza para que se la lleven, es lo único que les interesa. Dejan todo el animal ahí y se llevan la cabeza para colgarla.

–¿Y cómo es la carne? –pregunta Julio.

–Negra.

–No, ya sé, cómo es el gusto, pregunto.

–Y… medio dulzona, como la carne de caballo.

El calor de la comida y la caña va progresando en los cuerpos de los hombres, el fuego es abundante. El topo se levanta y camina hasta la camioneta estacionada a unos treinta metros bajo unas moras inmensas.

–¡Poné música! –le pide Julio.

–Y bueno, porteño, después vas a poder decir que te comiste un… –dice Joselo –un que se yo qué, con eso le ganás a cualquiera.

–Ajá –dice Julio–, lindo va a ser cuando esté comiendo el bicho y encuentre las uñas de los pieses.

Los tres ríen, a Joselo se le caen las lágrimas.Vuelve el topo desde la camioneta con una botella, sonriendo a pesar de que no escuchó el diálogo.

–¿Qué pasa? –dice. La botella es de ginebra.

–Nada, nada –dice Joselo enjugándose las lágrimas–, ¿cómo te parece que le podemos poner al bicho engualichado este?

–Y… ¡gualicho! –dice Julio, casi gritando–, vos lo dijiste, gualicho.

–Bueno, ahí tenés, gualicho, porteño, vas a poder decir que te comiste un gualicho con papas.

–Y con dedos y todo –dice el porteño, contento.

Joselo y Julio festejan largamente el chiste. Las voces han pasado la barrera del susurro tímido, ayudadas por el alcohol, y crecen desde los cuerpos cálidos hacia el aire oscuro.

–Julito, vos cuidate con esa ropa vistosa –dice Joselo–, parecés un matambre con baliza con ese buzo amarillo.

–No pusiste música –le dice Julio al topo.

–No. Hay que cuidar la batería –responde el topo apremiado por el tono ebrio y un poco duro del hermano–, además la música te tapa los ruidos.

–Ajá, no podés escuchar las ranas, por ejemplo –replica Julio.

El topo calla, mira para otro lado, los otros quedan expectantes, mudos.

–Convidame un cigarro, Joselo –dice el topo.

Joselo mete la mano por el escote del pulóver y saca un atado de cigarrillos. Se lo extiende al topo con un movimiento elegante que deja dos cigarros asomando el filtro por la abertura de la etiqueta.

–Gracias, amigo –dice el topo, buscando con la mirada una brasa alejada de las llamas.

No hay tensión. Los cuatro hombres parecen estar en un sopor amable, es la primera vez que toman alcohol desde que salieron y les ha sentado bien.

–Che, yo me tengo que alejar un poco –dice el porteño parándose de golpe–,

pasame el papel higiénico topo, por favor.

El topo saca una bolsa transparente con un rollo de papel higiénico del cajón de madera y se lo tira con precisión.

–Hacé por acá nomás –le dice–, más vale que te veamos nosotros y no el gualicho.

El porteño ya comenzó a caminar hacia el monte de espinillos y hace un movimiento con el brazo derecho, de arriba hacia abajo, para que el topo sepa que lo escuchó y que no le importa lo que dijo. A los pocos pasos su cuerpo ya es una sombra apenas visible por el débil reflejo del fuego en la blancura del papel higiénico.

Ahora es Joselo quien enciende un cigarrillo. Fuma sentado con los codos apoyados en las rodillas. La brisa que por momentos llega desde el arroyo, a unos cien metros, acerca el murmullo sostenido de las ranas hasta el punto en que los hombres tienen que hacer un esfuerzo por escucharse, cuando el aire se aquieta el silencio vuelve a acomodarse. Joselo tira la colilla al fuego y se pone de pie.

–¿Para que lado se fue el porteño? Yo también quiero hacer lo mío.

–¿Y qué importa? No hace falta que vayan juntos al baño –responde Julio.

–Pero no, che, lo que pasa es que se llevó el papel higiénico.

–Salió para el lado de los espinillos –dice el topo, y señala con la mano izquierda–, para allá.

Joselo gira y camina ágil hacia donde indicó el topo, la oscuridad se lo traga antes de que se deje de escuchar el flap flap de sus alpargatas contra el suelo húmedo del primer rocío.

Los hermanos quedan en silencio. Julio espera que su hermano diga algo, pero el topo está tranquilo, mirando el fuego y bebiendo lentos sorbos de ginebra.

–Mirá que irse tan lejos –dice Julio cuando pasan los minutos y el porteño no aparece–, le habrá dado vergüenza.

–Qué sé yo, lo debe estar esperando al Joselo. O capaz que no se encontraron todavía.

–Ajá, o que es seco de vientre –dice Julio, y arranca, por fin, una sonrisa de la cara del topo.

Comienza a soplar la brisa nuevamente, los ruidos nocturnos parecen acercarse hasta al lado del fuego mismo. Julio se pone de pie y se baja el buzo que en su posición anterior dejaba al descubierto una parte de la espalda.

–Voy a poner música –dice, ya caminando hacia la camioneta.

–La radio –dice el topo–, no pongas otra cosa que se consume la batería.

El padre de ambos murió cuando Julio era un bebé y el ambiguo rol de hermano mayor y padre ejercido por el topo se afianzó ante la esterilidad de su esposa. En esto piensa a menudo el topo cuando Julio exige que asuma uno u otro papel. En esto piensa cuando su hermano abre la camioneta, y luego, cuando lo ve fragmentado, la cabeza y una parte del torso moviéndose dentro de la cabina

a través del parabrisas, y los pies colgando por debajo de la puerta del conductor, mientras busca algo.

Julio entra a la cabina y cierra la puerta, se estira un poco y lograr ubicar en la oscuridad una bolsa con compactos que había dejado debajo del asiento del acompañante, cuando se reincorpora mira a través del parabrisas, y encuentra a su hermano bebiendo otro trago de ginebra, le parece, incluso, que sus miradas se cruzan apenas un instante. El topo se va a enojar cuando escuche la música, cuando entienda que lo que suena no es la radio, sino uno de esos grupos que Julio pone con insistencia en el equipo de la casa y en el estéreo de la cuatro por cuatro.

Prende la luz y abre la bolsa con los compactos, son varios, más de una docena, algunos de los estuches rotos han quedado separados, de modo que además en la bolsa hay láminas, compactos y tapas sueltas. En su primera recorrida, rápida, no encuentra lo que busca, así que inicia una nueva requisa con más dedicación.

–Este es –dice para sí, sacando el compacto de su estuche. Julio deja la bolsa sobre el asiento y se incorpora con el compacto en su mano izquierda, el índice calzado en el orificio del centro y el pulgar presionando apenas desde el borde, levanta la cabeza y busca el estéreo con la mirada, pero hay algo que perturba el recorrido de sus ojos. Una mancha rebosante de nervios tensionados avanza hacia el topo con movimientos decididos. Una mancha indescriptible, que podría decirse parecida a cualquier animal y diferente a todos ellos, que ahora cae sobre las espaldas del topo con una brutalidad sorda. Toda la resistencia que el topo puede ofrecer es inútil y pronto sus movimientos convulsivos cesan, con las heridas en plenos borbotones de sangre, luego de las violentas salpicaduras iniciales. Julio permanece mudo, inmóvil, no podrá describir jamás a esa bestia que acaba de matar a su hermano, y que trae enredado entre los pelos duros del lomo un jirón ensangrentado de la camisa celeste de Joselo. La bestia ahora, su cuerpo descomunal, se dedica a abrir el cuerpo del topo por el vientre; por la ventanilla apenas abierta, ahora que la brisa ha calmado, Julio puede escuchar los ruidos de la carne, los sonidos líquidos de los órganos cuando son hendidos por las fauces o las garras insaciables. Son los ruidos del cuerpo humano, piensa, los mismos ruidos de un parto. Y con un movimiento sigiloso apaga la luz.

Nació en 1972 en Concepción del Uruguay, Entre Ríos, y reside en la ciudad de Córdoba. Durante cuatro años fue coeditor de La Creciente, editorial en donde publicó su libro Hache o cruz (2004). Además, en 1995, publicó los libros de poesía No nada nunca; Pescados (Ed. Municipal, Córdoba 2007, libro que fue distinguido con el premio Luis de Tejeda 2006) y en 2008, Rocamora. Compiló y prologó la antología de la nueva narrativa de Córdoba 1 para la Editorial Universitaria Villa María (Eduvim) en 2008. Diferentes artículos, cuentos, entrevistas, guiones de historietas y poemas suyos han aparecido en diversos medios del país. Actualmente es director de un sello editorial.

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

LECTURA PARA TOD@S

PLAN NACIONAL DE LECTURA
PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA

UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
VILLA MARIA

eduvim